



ATRAPAR ...LA... LUNA

Diana Dempsey

“Un misterio candente y lleno de tensión”.

~ *Romantic Times*

ATRAPAR LA LUNA

Diana Dempsey

*Traducido por Jiny Triay Decker
y
Diana Schleicher-Perez*

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan en el marco de la ficción. Cualquier semejanza con personas, vivas o fallecidas, establecimientos comerciales, eventos o ubicaciones reales es pura coincidencia.

Atrapar la Luna

(Título original: To Catch the Moon)

Copyright © 2014 Diana Dempsey

Copyright © 2014 traducción de Jiny Triay Decker y Diana Schleicher-Perez

Diseño de portada: Rhonda Freshwater

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes.

ISBN: 978-0-9906964-1-4

Primera edición en español 2014

TABLA DE CONTENIDOS

PORTADA

CARTA A LOS LECTORES

OTRAS OBRAS DE DIANA DEMPSEY

AGRADECIMIENTOS

DEDICACIÓN

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS

CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO

CAPÍTULO DIECINUEVE

CAPÍTULO VEINTE

CAPÍTULO VEINTIUNO

CAPÍTULO VEINTIDÓS

CAPÍTULO VEINTITRÉS

CAPÍTULO VEINTICUATRO

CAPÍTULO VEINTICINCO

EPÍLOGO

SOBRE LA AUTORA

SOBRE LAS TRADUCTORAS

Pasaje de la novela DESAFIANDO AL SOL
NOTAS DE LA TRADUCTORA

Estimado lector,

Atrapar La Luna es una historia muy especial para mí, en parte porque tiene lugar en la Península de Monterey, una parte del mundo que amo. Además, es donde me casé. Mi esposo y yo regresamos allí cada año y siempre lo encontramos tan encantador como la vez anterior.

Deseo que disfrute de la novela, así como del resto de mis obras. Me encantaría escuchar su opinión. Escríbame un correo electrónico a mi página web www.dianadempsey.com, únase a mi grupo en [Facebook](#) y sígame en [Twitter](#).

Le deseo lo mejor. Siga leyendo.

Diana Dempsey

Otras obras de Diana Dempsey también disponibles en español

Estrella Fugaz

Desafiando al Sol

La Captura de Venus

AGRADECIMIENTOS

Escribir *Atrapar La Luna* me permitió vivir, a través de los personajes, en la hermosa Península de Monterey. También hizo posible que me familiarizase con un ambiente que apenas conocía: el proceso penal y el funcionamiento de una oficina del fiscal de distrito. Dos mujeres demostraron ser unas guías excepcionales: la fiscal del distrito del Condado de Monterey, Ann Hill, y la fiscal del distrito del Condado de Los Ángeles, Marlene Sánchez. Ambas fueron inmensamente generosas con su tiempo y experiencia, y les doy las gracias.

También estoy agradecida a Audrey LaFehr, Jen Jahner, Francesca Farr, Martha Caskey, Ann Shannon, el doctor Paul Robiolio, Aixa Martínez, Christina Papoulias Barton, Mona ElNaggar, Donna Edmondson, Yu-Jin Kim, Burt Levitch y Robert Scott.

Se me acaban los adjetivos superlativos cuando se trata de mis socios de crítica: Bill Fuller, Tracie Donnell, Danielle Girard, Sarah Manyika y Ciji Ware.

Rhonda Freshwater, de Freshwater Design, de nuevo me entregó un diseño de portada sensacional, y se lo agradezco.

Estoy muy agradecida a los traductores que han trabajado en este proyecto: Jiny Triay Decker, Diana Schleicher-Perez y Celia Soria. Sin su gran talento y dedicación, ninguna de estas ediciones habría sido posible. También quiero extender mi agradecimiento a mi querida amiga Aixa Martínez, cuya excelente visión me ha ayudado a encauzar este proyecto.

Aun siendo escritora, me faltan las palabras para darle las gracias a mi esposo, Jed, excelente en su consejo editorial, incansable en su encomio y pródigo en sus elogios. Además de estar siempre dispuesto a ir a recoger cada noche comida para llevar cuando me acerco a la fecha de

entrega. Este libro es para ti, Jed, una recompensa diminuta en comparación con lo mucho que me has dado.

Para Jed

CAPÍTULO UNO

Alicia Maldonado salió de la oficina del fiscal del distrito del Condado de Monterey al vestíbulo de techo alto y baldosas rojas del Palacio de Justicia, casi vacío ese sábado por la tarde. Con sus brazos llenos de expedientes, dejó que la pesada puerta de cristal de la oficina se cerrara de un portazo y caminó hacia las escaleras que la llevarían al tercer piso, a los tribunales superiores, donde abogados como ella presentaban historias de crímenes reales y trataban de persuadir a los jurados para que aplicasen un justo castigo. Algo que funcionaba en la mayoría de los casos, pero como Alicia bien sabía, no siempre.

Eran las tres de la tarde y fuera del Palacio de Justicia el día estaba frío y nublado, un viento de diciembre soplaba en las calles, llevando consigo el inconfundible olor de estiércol que indicaba que las labores agrícolas no estaban lejos. Al este se alzaban las montañas Gabilan, las de Santa Lucia al oeste, dos cordilleras imponentes que se alzaban como fieles centinelas sobre el valle de Salinas de California, atrapando el calor en el verano y el frío en el invierno y los aromas de las granjas todo el año. Alicia sabía que a veces el valle era un lugar hermoso, especialmente durante la primavera cuando el terreno fértil daba vida a interminables campos de altramuces blancos y azules y de alegres amapolas de California doradas y anaranjadas. Pero Salinas en sí, la pequeña sede del condado, no era exactamente una tarjeta postal. Era demasiado aburrida, demasiado polvorienta y plana, demasiado parecida al estilo clásico de los años cuarenta. Y mientras en la esquina de la calle un hombre del Ejército de Salvación vestido de Santa Claus tocaba su campana intentando en vano mejorar los donativos, la ciudad era demasiado pobre para hacer mucho al respecto.

Dentro del Palacio de Justicia, Alicia subió el último tramo de escaleras y llegó al rellano del tercer piso, donde un árbol navideño de estilo Charlie Brown, decorado con

luces de muchos colores, estaba colocado bastante patéticamente en el lugar de honor. Su mirada se cruzó con la de Lionel Watkins, un corpulento conserje negro que era, al igual que ella, una parte integrante del Palacio de Justicia, tanto así que se acercaba la fecha de su jubilación. Él dejó de limpiar el suelo y meneó su cabeza al verla.

—¿Tú, aquí de nuevo? ¿Y en sábado?

—¿Me dejas entrar?

—Cariño, ¿no lo hago siempre? Hasta en contra de mi propio sentido común.

Apoyó su mopa en la pared pintada de verde lima, un color adquirido de oferta que sólo se encuentra en los edificios gubernamentales y en los hospitales de veteranos, y sin más instrucciones, se dirigió hacia el Tribunal Superior de Justicia Tres, la sala que le traía buena suerte a Alicia.

—Tú siempre ganas —dijo él—. No sé porque te molestas en ensayar.

—Yo ganó porque ensayo.

—Tú ganas porque eres buena.

Llegaron a la puerta de la sala. En la pared de enfrente colgaba un letrero a mano en el que se leía: *SÓLO CUATRO DÍAS MÁS DE HURTOS EN TIENDAS ANTES DE NAVIDAD*. Aparentemente habían colgado el cartel el martes, puesto que los números del ocho al cuatro se habían tachado. Lionel seleccionó una llave de su llavero enorme y la metió en la cerradura.

—Al menos, hace mucho que el juez Perkins se fue de vacaciones navideñas —Le abrió la puerta y le echó una mirada inquisidora—. Entonces, ¿cuándo vas a presentarte para jueza otra vez? Dicen que a la tercera va la vencida.

Una ola fría de disgusto le atravesó rápidamente.

—No tengo ni idea —dijo bruscamente, y pasó por su lado para entrar en la sala a oscuras.

Él encendió las luces de arriba ahuyentando las sombras del estrado del jurado, que aún vacío parecía estar, de

manera extraña, vigilante. Alicia se giró y se obligó a que su voz sonase más suave.

—Gracias, Lionel. ¿Qué voy a hacer cuando te jubiles?

Él se rio.

—Encontrar a otra alma de Dios.

Entonces se fue. La gran puerta de roble se cerró con un chasquido suave detrás de él.

Alicia tiró los archivos para el caso 02-F987 sobre la mesa del fiscal, luego aflojó su oscuro pelo ondulado del pasador de plástico tipo mariposa y se lo recogió de nuevo sujetándose por encima de la cabeza, un ritual de peinado que repetía una decena de veces al día, cuando finalizaba una tarea y comenzaba otra. Se quitó la chaqueta negra que tenía puesta sobre un conjunto de pantalón vaquero y jersey blanco de cuello de tortuga. La chaqueta estaba adquiriendo ese brillante y delator aspecto de las prendas que se han lavado en seco demasiadas veces. Aquello suponía un problema. La ropa era cara y su presupuesto estaba más que apretado.

Se echó a reír amargamente. Apenas podía mantener un vestuario decente. ¿Cómo se suponía que podría pagar una campaña, especialmente ahora, cuando nadie donaría un centavo por una mujer que consideraban mercancía estropeada?

Claro que había tenido su período de niña mimada, cuando las personas más importantes de su partido pensaban que ella era la próxima gran esperanza latina. Sabía lo que decían de ella: elocuente, hermosa, fiscal estrella, emprendedora a pesar de tener pocos recursos, destinada a ganar un cargo político y a hacer algo bueno por los numerosos olvidados que, como ella, eran de origen humilde. Era lo máximo de ser políticamente correcto y una buena historia, o por lo menos lo había sido hasta que perdió. Dos veces. Entonces, ya la historia no tenía tanto brillo. Ni ella tampoco.

Echó la cabeza hacia atrás y miró al gigantesco medallón del Gran Estado de California colgado en la pared. Era increíble cómo había pasado de ser una joven prometidora a una mujer estancada en un abrir y cerrar de ojos. Ahora era un espécimen deteriorado de treinta y cinco años con una carrera sin perspectiva y ningún hombre a la vista, al menos, ninguno que a ella le interesara. Eso sí que era una buena receta para una feliz Navidad y un feliz Año Nuevo.

«¡Ya basta! Deja de pensar en ti misma y comienza a ensayar tu presentación del caso».

—Tienes razón —murmuró.

Pronto serían las nueve de la mañana del lunes y tendría que convencer al jurado de que declarara culpable al acusado⁷. Escarbó en su pila de papeles buscando su bloc de notas amarillo de tamaño legal donde había garabateado sus apuntes. Pero no estaba allí.

Caramba, seguro que se lo había dejado en su escritorio. Tendría que regresar a buscarlo. Salió de la sala rápidamente de camino a la oficina del fiscal del distrito, e introdujo el código en el teclado numérico para poder entrar.

Estaba a mitad de camino de su despacho por el pasillo estrecho bordeado de cubículos cuando se dio cuenta de que la línea principal del teléfono estaba sonando. Sonaba, saltaba el buzón de voz y entonces sonaba de nuevo. Una y otra vez. Alguien quería hablar con alguien, urgentemente.

Regresó al escritorio de la recepcionista y contestó el teléfono.

—Fiscal del Condado de Monterey.

—Soy Bucky Sheridan —Un policía veterano del departamento de Carmel, pero no necesariamente el más listo de la clase—. ¿Con quién hablo?

—Alicia. ¿Qué pasa?

—Tengo que hablar con Penrose.

Ella se echó a reír. Como si Kip Penrose, el fiscal del distrito, fuese a estar en la oficina un sábado por la tarde. Apenas estaba entre semana.

—Bucky, no vas a encontrar a Penrose aquí. Intenta llamarlo a su teléfono móvil.

—Ya lo he intentado. Pero salta su buzón de voz.

—Bueno, lo habrá apagado —Eso también era típico de él—. De todas formas, ¿por qué tanta desesperación? ¿Qué necesitas?

Silencio. A continuación:

—Se ha dado una situación aquí, Alicia.

Ella frunció el ceño. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que la voz de Bucky no sonaba como la del bobo panzudo de siempre.

—¿Qué quieres decir con una situación?

—Estoy en la casa de Daniel Gaines. En la calle Scenic, en Carmel.

—¿Daniel Gaines? —Algo inquietante dentro de su estómago la incomodó—. ¿El Daniel Gaines que acaba de anunciar que se va a presentar a las elecciones para gobernador?

—Ya no se va a presentar a nada —A estas alturas ya Bucky estaba jadeando—. Está muerto.

—Regresamos de la publicidad en un minuto.

Desde su puesto en la mesa de presentadores, Milo Pappas asintió con la cabeza al escuchar el aviso del regidor, quien estaba de pie medio oculto en las sombras del cavernoso estudio de Manhattan donde se grababa el *Informativo de la Noche de WBS* cada tarde a las seis y media. Al ser sábado, aquella era la edición del fin de semana menos ilustre del programa insignia. Pero de todas formas era un informativo de la noche y, en consecuencia, se apuntaba un tanto en su carrera periodística cada vez que dejaba de lado su función de corresponsal de *Newsline* para sustituir como presentador.